

Cuatro imágenes bíblicas del «acompañamiento»

*Carmelo Bueno Heras**

DE QUÉ VAMOS

La palabra «acompañar» está construida por dos elementos de origen latino relacionados entre sí. El primero, la preposición inseparable «a», que da origen a palabras parasintéticas como «a-banderar» (de bandera) o «acompañar» (de compañía).

A su vez, el segundo elemento «compañía» está constituido por otros dos, también de origen latino: la preposición «cum» (con) y el sustantivo «panis» (pan). Por tanto, «acompañar» se refiere explícitamente a «la acción conjunta» de: «comer del mismo pan», estar o ir «en compañía de (o con) otro», ir una cosa junto con otra...

La «acción conjunta» de «comer del mismo pan» es una imagen evocadora de múltiples contenidos, mensajes y experiencias de la vida cotidiana. Comer del mismo pan es, entre otras muchas actividades, compartir la misma mesa (donde se come, se trabaja, se dialoga...), habitar la misma casa (el hogar familiar, el puesto de trabajo, el grupo, la comunidad, el mundo...) o celebrar la misma fiesta (el día de la naturaleza, un acontecimiento, un aniversario, un sacramento...).

* Profesor de Biblia, del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

(Por un error técnico no se incluyó este artículo en el número anterior de *Sinite*, sobre el tema del acompañamiento. Al publicarlo ahora deseamos reparar el olvido que afectó tanto al autor como a los lectores de *Sinite*).

En consecuencia, la realidad del «acompañamiento» nos remite a las imágenes de «la mesa-casa compartida» y de «la comida-casa del encuentro».

La «acción conjunta» de «estar o ir en compañía de otro» pertenece también a la identidad profunda de la acción que se denomina «acompañar». Este estar o ir con otro nos evoca, igualmente, multitud de realidades y diarias experiencias. Las personas andamos constantemente necesitadas y dependientes las unas de las otras. Nadie es tan completo que, en uno mismo, lo tiene todo, lo sabe todo y lo puede todo. Afortunadamente, sólo tenemos algo, algo sabemos y, también, algo podemos. Somos y nos experimentamos como complementarios. Por eso, necesitamos «encontrarnos» los unos con los otros para vivir, para resistir en ocasiones, y para crecer.

Esta elemental reflexión le habrá evocado a más de uno la situación de «aquel Adán», que el redactor del Génesis describió como el habitante solitario del hermoso paraíso (Gn 2,18-25) que sólo se reconoce cuando se encuentra de tú a tú con «aquella Eva». ¿Podría considerarse esta narración como el origen bíblico de lo que se acabará llamando «acompañamiento» en nuestra psicología, cultura, religión, pastoral y espiritualidad?

En consecuencia, la imagen de «el encuentro» entre personas nos remite a la realidad del «acompañamiento». Y, en este mismo contexto, el «ir en compañía con otro» alude a la vez a la experiencia del encuentro con el otro y a la experiencia de recorrer un mismo camino (en sentido físico, real) o proceso (camino simbólico). Por eso, también la imagen de «el camino» transparenta la realidad experiencial y humanizadora del acompañamiento.

Contemplada y meditada en sí misma la palabra «acompañar», de modo accesible y cercano hemos podido despertar o perfilar, entre otras muchas, cuatro imágenes del «acompañamiento»: el camino, el encuentro, la mesa-casa y la comida. Estas cuatro imágenes así nombradas pueden evocar también la prolongada experiencia de un único proceso, acontecido en cuatro momentos sucesivos.

Con estas imágenes en la retina propongo abrir la Biblia y sostenerla para leer en ella algunas narraciones de la Palabra de Dios que iluminen el mensaje de estas imágenes. Como aviso para lectores sospechosos, les digo que quienes ya sepan lo suficiente o tengan experiencia como acompañantes o acompañados no encontrarán novedades de contenido en esta tienda de la Biblia, porque ninguno de sus libros se ocupó explícitamente del «acompañamiento».

En cambio, sí sugiero que se lea, si se tiene a mano, el artículo de Dolores Alexandre «Imágenes bíblicas para el acompañamiento», publicado en *Sal Terrae* 85 (1997) 641-657. Por si a alguien ahorro algún esfuerzo, diré que Dolores presenta estas cinco imágenes: el viaje, la tierra explorada, la semilla, la matriz y el parto, y la voz anónima.

EL CAMINO (MARCOS 8,27-10,52)

El frondoso bosque de la Biblia está surcado por infinidad caminos. Un camino imposible de rastrear será el de Caín cuando abandonó el Paraíso. Muy definido, literariamente hablando, es el camino de Abrahán desde su salida de Ur de Caldea hasta Egipto y su regreso a Mambré donde fue enterrado. Y, sobre todo, el camino que ningún buen judío olvidará jamás: el recorrido por Israel desde la salida de la esclavitud de Egipto hasta el Sinaí, su continuación hacia el oasis de Cadés, la llegada a la tierra de Moab frente a Jericó hasta cruzar el Jordán y conquistar la definitiva tierra cananea de las promesas de Dios. ¿Alguien puede olvidar el camino de Jonás o el de Noemí y Rut o los muchos y largos por los que anduvo Pablo?

También existen pequeños caminos cotidianos como el de Jesús cuando fue desde las orillas del Lago de Galilea a la cercana sinagoga de Cafarnaún y de allí a la casa de Pedro. Y también el camino de Jerusalén a Emaús que recorren Cleofás y sus «acompañantes». O el camino, ¿imaginario?, de aquel pastor que busca su oveja perdida.

Mil caminos, sin duda. Y en todos ellos encontraríamos más de uno de los elementos peculiares que entran a formar parte de la experiencia del acompañamiento. Sin embargo, me he decidido a recorrer en este apartado del artículo el original camino que se atrevió a contarnos el evangelista Marcos en su libro sobre Jesús. Desde la realidad y la imagen del camino se puede leer con pleno sentido tanto la totalidad de este Evangelio como muchas de sus unidades literarias. Una de ellas la dejé apuntada anteriormente al hablar de Jesús que camina desde la orilla del lago hasta la casa de la suegra de Pedro (1,16-39). Este pequeño y corto camino será el inicio del gran camino de su evangelización por toda la Galilea (1,16-8,26).

Y este Evangelio es, todo él, un precioso y preciso camino. Cuenta Marcos en 16,1-8 que tres mujeres van con sus aromas en la madrugada del primer día de la semana hacia el sepulcro para encontrarse con el enterrado Jesús. Pero a la entrada del lugar, un joven vestido de blanco les espera y les anuncia: *«No os asustéis, buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dijo. Ellas salieron huyendo del sepulcro...»* (16,6-8). Y aquí acaba, literal y aparentemente, este Evangelio. Los versículos que siguen aún en el texto que se nos ha transmitido fueron añadidos posteriormente y no pertenecen a la redacción original.

Estas tres mujeres (María Magdalena, María la de Santiago y Salomé) junto con otras muchas sabían bien dónde tenían que ir, porque habían acompañado (seguimiento y servicio) a Jesús desde que estuvo por Galilea hasta el momento de su enterramiento (15,40-47). También el lector de Marcos, que llegó hasta 16,8, debe hacer como las mujeres: ir de nuevo a Galilea, es decir, al texto del Evangelio en 1,14 y continuar la lectura hasta «ver», o encontrarse ahora, a Jesús «resucitado».

Por el contrario, los «doce» ya habían abandonado a Jesús. Uno en la cena de despedida, y los demás, cuando apresaron a Jesús en Getsemaní

(14,50). Sólo las mujeres permanecen atentas y despiertas en el seguimiento y, según el texto de todo el Evangelio, también en el silencio. Pero siguen a Jesús hasta su tumba. Por esto, ellas serán las únicas personas que podrán contar lo que han visto, oído y meditado en su corazón. Ellas serán las acompañantes de la fe de aquellos «once» seguidores «desconfiados», huidos y escondidos.

Sin duda que aquellas mujeres hicieron el camino hasta Galilea, como les había anunciado el joven vestido de blanco, y del mismo modo se lo hicieron saber a los discípulos y a Pedro. Así, aquella primera comunidad de seguidores se atrevieron a recorrer de nuevo los caminos de Galilea como lo habían hecho con Jesús y como ya lo ha dejado escrito el evangelista.

Y si se llega otra vez al final del Evangelio (16,8), de nuevo ha de volverse al comienzo (1,14). Desde esta clave de lectura se comprende que Marcos nos ha dejado un Evangelio que nunca se acaba de leer a modo de un largo camino circular, que nunca se acaba de recorrer completamente. En síntesis, podemos decir que este Evangelio de Marcos es el permanente acompañante de todo lector que busca y desea «encontrarse con Jesús de Nazaret, el Resucitado».

Pero hay más itinerarios, y más directamente relacionados con la cuestión del acompañamiento, en este camino total del Evangelio. En el centro de su narración, Marcos sitúa a Jesús con sus discípulos en el extremo más septentrional del país, en los alrededores de Cesarea de Filipo. Y estando en este «camino» (es el único Evangelio que lo afirma textualmente), los discípulos tienen que hacer frente a la pregunta directa de Jesús: «*Vosotros, ¿quién decís que soy?*» (8,27-30).

Este «vosotros» se refiere en primer lugar a los propios seguidores presentes. Seguramente y por lo que ya hemos apuntado anteriormente, se refiere también a las presentes María Magdalena y las demás mujeres seguidoras suyas desde los días de la reciente Evangelización en Galilea

(1,14-8,26). En segundo lugar, este «vosotros» afecta también al creyente que, en su lectura, busca encontrarse con el Resucitado. ¿Cómo no pensar que esta misma pregunta se la hicieron una y otra vez aquellas gentes que vivieron directamente con Jesús después de su muerte en la cruz y del enterramiento?

El evangelista pone en boca de Pedro una primera respuesta que de inmediato Jesús manda enérgicamente no volver a repetir. Pedro confiesa que, para ellos, Jesús es el Mesías. Y podemos aceptar, siempre siguiendo el texto de Marcos, que Jesús rechaza la identidad y la misión del Mesías en el que esperaban Pedro y todos los presentes. Por esto, pues, Jesús comienza su enseñanza o catequesis con los suyos sobre su propio mesianismo. Esta enseñanza no se agota en una sesión. Se requiere un largo proceso de acompañamiento y no se asegura un resultado final exitoso, porque, como ya se ha dicho, casi todos estos acompañados le abandonaron en Getsemaní, cuando intuyeron que su propia libertad y vida corrían serios peligros.

A partir de este momento (8,31), Marcos inicia la narración del camino de Jesús (excelente imagen de la realidad de todo acompañamiento cristiano), en el que éste irá desvelando su mesianismo y los suyos irán comprendiendo las nuevas opciones y actitudes a las que son invitados y convocados. Con el llamado «primer anuncio» del Mesías-Cristo (8,31-33) comienza la enseñanza de Jesús o, lo que viene a ser igual, el camino que concluirá en Jerusalén (11,1), donde entra Jesús revestido con los signos del Mesías y de donde sale definitivamente «expulsado» y «dolorido» por no haber aceptado su presencia y la Buena Noticia del Reinado de Dios en medio de su pueblo y de la ciudad, irónicamente denominada «santa» (13,1-2), como ya la habían calificado los profetas Miqueas (3,8-12) y Jeremías (26,17-24).

Este camino, a la vez real y teológico, imaginado y narrado por Marcos consta de tres etapas claramente definidas por los tres anuncios que pone en boca de Jesús:

*«Y comenzó a enseñarles
que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho y ser reprobado
por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas.
Ser matado.
Y resucitar a los tres días.
Hablaban de esto abiertamente» (8,31-32).*

Éste es el primer anuncio, el segundo y el tercero son semejantes y se encuentran en 9,30-31 y 10,32-34. En los tres textos se hace referencia al camino, a la enseñanza de Jesús, a su muerte por la decisión de las autoridades religiosas y a su resurrección. Cuando los «acompañados discípulos» abandonan a Jesús en Getsemaní, ¿echaron en el silencio del olvido esta enseñanza de «su» Mesías-Cristo-Jesús? Tal vez, como señalan los estudiosos de este Evangelio, Judas sí comprendió que el mesianismo de Jesús contrariaba frontalmente las expectativas judías sobre la identidad y la misión de «su Mesías» y, quizá por coherencia consigo mismo, colaboró al menos en la desaparición de Jesús.

En contraste con estas actitudes de Judas, conviene retener «la personalidad» del mendigo ciego, que se encuentra «al borde del camino» por donde pasa Jesús cuando salía de Jericó en dirección hacia la ya cercana Jerusalén. Este marginado mendigo, ciego como está y al borde del camino, también espera la presencia salvadora del Mesías. Ante Jesús, lo abandona todo: su sitio, su ceguera, su manto y su marginación. Estos hechos transparentan su actitud de radical abandono en las manos y en la palabra de Jesús. Éste ha comprendido la experiencia del ciego y ante todos sus acompañantes Jesús le dice a él explícitamente: «*Vete, tu fe te ha salvado*».

Y el mendigo no se fue, sino que se quedó con Jesús y, por eso, «*al instante recobró la vista y le seguía por el camino*» (10,46-52). Aquí, precisamente en el tramo final de la tercera etapa y del camino, la enseñanza de Jesús encontró buen terreno y dio el fruto esperado por el sembrador de la buena noticia del Reino de Dios. En este mendigo ciego, llamado

Bartimeo, han identificado muchos especialistas de la espiritualidad el icono (la imagen) del cristiano como seguidor de Jesús.

Junto a Jesús y Bartimeo, los demás acompañantes siguen caminando hacia Jerusalén. Estos seguidores, ¿habrán asimilado y acogido ya las enseñanzas que el maestro en el arte de acompañar les ha puesto en sus corazones en las etapas que ya han recorrido desde los alrededores de Cesarea? Que se sepa, a ninguno de éstos le ha dicho Jesús la buena noticia que le acaba de regalar al ciego: «*Tú fe te ha salvado*». Más de uno seguirá meditando el buen puñado de invitaciones a la conversión radical de sus actitudes que les ha propuesto a lo largo de las tres etapas del camino.

La primera etapa de este camino del acompañamiento diseñado por Marcos comienza en 8,31 y acaba en 9,29. Después de anunciar el rechazo del mesianismo de Jesús (8,81-33) se describe la actitud que deben asumir quienes deseen ponerse en camino con este Mesías: «*El que pierda su vida por mí, y por la buena noticia, la salvará*» (8,34-9,1). ¿Qué quiere decir esto de «perder su vida por mí»? La respuesta deberá encontrarse en la continuación del mensaje del evangelista (9,2-29). Jesús es la buena noticia de Dios. Esta buena noticia no es ya la Ley ni los Profetas, no lo es ya Moisés ni Elías.

El único camino es Jesús. Seguirle a él supone abandonar otros caminos, otras espiritualidades, otras maneras de hacer presente los deseos de Dios y de su Reinado. Y Dios desea que todos sus hijos puedan realizar con libertad, entre otras actividades, algo tan elemental como poder «hablar». Impedir a alguien la realización de esta actividad es oponerse a Dios, es demoníaco. Seguir a Jesús significa ser consciente, como él lo fue, de qué nos impide hablar o de quiénes imponen silencio a los demás y les imposibilitan llegar a ser personas adultas, libres y responsables; y, desde esta consciencia, desenmascarar a los opresores y liberar a los silenciados de su marginación.

La segunda etapa de este camino del acompañamiento diseñado por Marcos comienza en 9,30-32 con el segundo anuncio del rechazo del mesianismo de Jesús y concluye en 10,31 con una iluminadora expresión final «*Los primeros serán los últimos. En cambio, los últimos serán los primeros*», que alude a quienes siguen poniendo toda su confianza en la fidelidad a la Ley y a quienes la abandonaron por el seguimiento de Jesús. Aquí es, precisamente en esta etapa, donde el evangelista destaca esta actitud básica de la identidad del seguidor: «*quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*» (9,33-50).

Sólo quienes encarnan esta servicialidad a los más pequeños comprenden qué significa el mesianismo de Jesús y las oposiciones y rechazos que despierta en los bien estructurados ámbitos, tanto sociales como religiosos. De estos ámbitos de la realidad de entonces, el evangelista señala explícitamente tres (10,1-31): el matrimonio, los niños (como imagen de todos los empequeñecidos) y la práctica religiosa (como imagen de la religión).

La tercera etapa de este camino del acompañamiento trazado por Marcos comienza con el tercer anuncio del destino del Mesías, que Jesús comparte con sus seguidores en la intimidad (10,32-34). El final de esta etapa y del camino, como ya se ha señalado, lo constituye la decisión del mendigo ciego Bartimeo (10,52). Pero antes encontramos la reiteración de la enseñanza de Jesús. ¿Cuántas repeticiones se realizan en todo proceso de acompañamiento?

El acompañante, precisamente por la sabiduría de su experiencia, va vislumbrando a cada paso la claridad del camino. Sin embargo, el acompañado necesita repetir, releer, remirar para aprender a caminar, perdiéndose y volviéndose a encontrar, no en cualquier otro camino, sino por el que se debe andar. Esta enseñanza repetida de Jesús la encontramos en 10,35-45 y trata una vez más de la actitud de servir. Este servir es siempre bajar, porque deben ser estos abajados los «señores» de todo servidor. Y para hacerse servidor de éstos hay que ponerse a su altura. El pedagogo Jesús apela,

para no ser mal interpretado, a la experiencia común y cotidiana: *«Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos se sirven de... No ha de ser así entre vosotros».*

En síntesis, las dos actitudes del seguidor de Jesús (olvido de uno mismo y servicio a los más pequeños) vienen a ser una sola, porque Jesús sabe por propia experiencia que el ejercicio constante de servir a los abajados hasta la liberación de su marginación requiere la entrega total de servidor (10,50). Estar así con los pequeños, compartir su experiencia de vivir y recorrer juntos el mismo camino del crecimiento y adultez de la persona ha sido la mayor riqueza del «Hijo del Hombre» que es Jesús. De esta misma riqueza participan también aquellos que decidieron ser y vivir como sus seguidores.

EL ENCUENTRO (JUAN 3,1-21)

«Oyeron los ruidos de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios por entre los árboles del jardín» (Génesis 3,8). Con este lenguaje típico del mito se cuenta en una de las páginas de la Biblia el inicio del primer encuentro interpersonal. Será éste el comienzo del complicado proceso de acompañamiento de Dios con el señor de la Tierra (Adán) y doña Vida (Eva).

Semejante a este encuentro, inaugurador de un acompañamiento, encontramos en la Biblia multitud de acontecimientos similares: el propio Dios con Noé y su común proyecto del Arca salvadora (Gn 6-9); también Dios y su encuentro con Abraham a la entrada de su tienda (Gn 18); el largo encuentro, convertido en casa y familia, de Noemí y Rut; la inseparable relación del monarca David y del profeta Natán (2Samuel); el encuentro sin cita previa de Jesús con la samaritana para romper juntos los muros de separación tejidos por la historia (Jn 4) o la creativa relación eclesial de Bernabé y Pablo (Hechos), por citar seis nada más y dejar un séptimo para

ser contemplado y meditado con más sosiego: el encuentro de Nicodemo con Jesús de Nazaret.

En estos encuentros, como es evidente, lo que importa es la cercanía de las personas y siempre, de una u otra manera, el espacio y el tiempo que éstas conceden a la presencia de Dios. Este tipo de encuentros es algo más que una estática imagen evocadora del acompañamiento. Se trata de un acontecimiento que sucede en “la corta distancia” en que se mueven los protagonistas y que llega no sólo a remover, sino también a compartir las actitudes, sentimientos y decisiones de quienes se encuentran.

Encontrarse es, en toda ocasión, dejar de estar solo para sentirse acompañado. Y mejor que hablar de la teoría del encuentro es acercarse a la narración de uno de ellos y contemplarla como una luz encendida que ilumina los propios encuentros interpersonales que dieron origen a auténticas experiencias de acompañamiento.

No sabemos si hubo cita, pero sin ella no se comprende demasiado bien que durante la noche jerosolimitana fuese a encontrarse el distinguido magistrado judío Nicodemo con Jesús (Juan 3,1-21), y menos después de los hechos y altercados provocados por Jesús en el templo de la capital (Jn 2,13-22). ¿Acaso recordó en algún momento este creyente fariseo aquella expresión de sus devociones y plegarias que decía: «*la noche es luminosa como el día*» (Salmo 139,12)? Tampoco es sencillo determinar si este encuentro ocurrió históricamente. Siendo un acontecimiento tan significativo, resulta sospechoso que los tres evangelios sinópticos lo olvidasen y haya sido sólo el cuarto y tardío evangelio de Juan quien nos dejase constancia de él como testimonio de la pedagogía evangelizadora de Jesús y catequesis de un precioso proceso de conversión.

Seguramente que cada minucioso investigador de este suceso podrá justificar sus propias conclusiones. Si aquí lo proponemos ahora es sólo con la intención de poner sobre la mesa el asunto central y algunos aspectos determinados del acompañamiento. Acababa de escribir junto al sustantivo

«acompañamiento» el adjetivo «cristiano», pero lo he borrado, porque este encuentro no acaba con la confesión de fe de Nicodemo, ni con el «bautismo» de éste por Jesús, como ocurre en otros casos (Hechos 8,26-40).

Muy curiosamente, la narración de este encuentro se corta bruscamente después de un extenso discurso puesto en boca de Jesús por el evangelista. Se trata, sin duda, de un recurso literario, porque más adelante encontraremos en el relato dos ocasiones en las que Nicodemo aparece en relación con Jesús. Y, en ambas, este magistrado judío deja entrever su opción por el perseguido (7,47-52) y después enterrado Jesús de Nazaret (19,38-42). Todo lector que llega a este punto del relato de Juan y contempla a Nicodemo ante la tumba de Jesús podrá afirmar que este fariseo y magistrado dejó ya muy alejado su pasado religioso judío y está confirmando su declaración de creyente en Jesús y de cristiano.

Pero volvamos de nuevo al comienzo del capítulo tres del evangelio. Era de noche, se dice en este texto y siempre que se evoca en este evangelio la presencia de Nicodemo. Esta noche tanto puede ser la realidad física y temporal definida por la Luna y las estrellas de unas horas determinadas, como la propia situación existencial o religiosa en la que se encuentra de modo habitual Nicodemo, a quien se le está apagando la luz de su candelabro o se le apagó la luz orientadora de su fe. ¿Qué golpe de viento o qué espíritu de novedad, podemos preguntarnos, tambalean la luz y la fe de Nicodemo? Posiblemente, las raíces de la respuesta están en los acontecimientos de la reciente celebración de la Pascua en Jerusalén donde Jesús acaba de proclamar públicamente la denuncia más sangrante para un buen religioso judío: *«Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado»* (Jn 2,16).

Ante semejante denuncia no es fácil aceptar que los (o algunos) magistrados del templo permanezcan insensibles. Y es precisamente esta «sensibilidad religiosa» la carta de presentación con la que Nicodemo se identifica ante Jesús: *«Nadie puede hacer las señales que tú realizas si Dios no está con él»* (3,2). De esta presentación deducimos claramente que para

Nicodemo no es posible que Dios esté presente a la vez en el «vida y actividad del templo» y en Jesús que acaba de denunciar y criticar como anti-divina esa misma vida y actividad de la institución central de la espiritualidad judía. Esta evidente contradicción, puesta por este evangelista en la consciencia de Nicodemo, está también contada en los restantes evangelios cuando narran la entrada «mesiánica» de Jesús en Jerusalén (Marcos 11 y paralelos).

La respuesta de Jesús a esta primera constatación de Nicodemo es, a primera vista, sólo una manera de mantener el diálogo, pero si se lee en toda su profundidad se constatará que constituye el mensaje central de todo el Evangelio de Juan. Dice Jesús que *«el que no nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios»*. Puesto en positivo suena mejor: el que viene de Dios puede ver el Reino de Dios. Es decir, el que «sabe, siente y cree en Dios» comprende su voluntad, sus deseos, su proyecto, su identidad, su Reino o su Reinado (como les gusta «traducir» a muchos especialistas). ¿En qué Dios crees, Nicodemo?, parece que le está proponiendo Jesús. O, yo vengo de Dios, creo en ese Dios y por eso no puedo aceptar lo que veo que sucede en la vida y en la actividad en torno al templo de Jerusalén. Y en este sentido lo ha comprendido perfectamente Nicodemo cuando expresa de manera diáfana su propia experiencia y hasta el temor de su propia decisión: Siendo ya viejo, ¿puedo nacer de nuevo? Habiendo sido educado y habiendo creído, practicado y enseñado todo lo relativo a la religiosidad de la Ley y los Profetas hasta mi adultez más avanzada, ¿cómo va a ser posible iniciar otro nuevo camino religioso?

Puestos en esta tesitura, a más de un lector le estará rondando por sus recuerdos bíblicos la decisión de Pablo de haber llegado a «considerar basura» todo lo vivido y practicado como buen juicio antes de haber conocido a Jesús.

La respuesta de Jesús a la petición de cómo «volver a nacer» de Nicodemo, no es una receta mágica, ni tampoco un remedio «externo» o ajeno a la personalidad de Nicodemo. Jesús insiste en lo anunciado en su

primera respuesta y, sorprendentemente, lo amplía a todos los que viven y trabajan con este magistrado en el templo: «*Tenéis que nacer de lo alto*». La respuesta está en el corazón del fariseo y de cada creyente judío. A cada uno le corresponde plantearse en qué Dios tiene puesta su confianza o en qué Dios cree. Seguir aceptando al Dios de la Ley es seguir aceptando la obediencia a la institución del templo y a todas las prácticas y normas canonizadas por la Ley y la Tradición que la religiosidad judía impone para poder «relacionarse con Dios».

¿Cómo puede ser esto?, es la tercera y última intervención de Nicodemo. Este interrogante resulta ambiguo. Por eso, tendrá en Jesús una respuesta tan amplia como lo ha sido todo el diálogo hasta ahora (versos 10-21). Y ante esta respuesta no habrá más que decir por parte de Nicodemo. En este «¿cómo?» se encierra, por una parte, la sorpresa de Nicodemo que hasta ahora nadie le había planteado otros «contenidos» de su fe en Dios, nadie le había propuesto otras acciones religiosas, otras formas de comprender la espiritualidad judía. Este personaje judío, ¿no conocía las obras de Juan el Bautista que perdonaba pecados en nombre de su mismo Dios sin necesidad de ningún tipo de ofrendas y sacrificios (1,19-28)?

Y, por otro lado, este «¿cómo?» está expresando también su deseo de iniciar el nuevo nacimiento, que es ponerse del lado de Jesús y no de parte del templo, que hasta ahora ha constituido su «identidad y misión».

La definitiva respuesta de Jesús a Nicodemo no es una invitación a su seguimiento, ni tampoco una agradecida acogida, con palmadita en la espalda incluida, por la decisión que intuye que tomará Nicodemo.

Jesús ha intuido que la puerta del corazón de Nicodemo está abierta y ha decidido introducir en la propia casa de su persona a Dios mismo. De Él, que es de lo que sabe Jesús (1,17-18), habla a Nicodemo para que éste discierna, medite y decida qué opciones y acciones desea llevar a cabo en su futuro inmediato. ¿Qué debe Nicodemo conocer de Dios que no sepa por ser autoridad religiosa dentro del pueblo? Una verdad sencilla y diáfana:

«Que Dios ama al mundo salido de sus manos y creado por su palabra» como ha dicho el evangelista en el comienzo de su exposición (1,1-18). No sólo ama al pequeño mundo que es Israel, sino al «mundo mundial». Y porque lo ama, ha decidido enviar a su propio hijo para contárselo a todos y, en primer lugar, al pueblo que se creía y sentía elegido por él.

Este hijo le dice abiertamente a Nicodemo que ni él ni Dios van a juzgar nunca a este mundo. Que ni él ni Dios son los abogados defensores de ninguna Ley. Este mundo es la casa de Dios y de su hijo y nunca será un palacio de justicia en el que las personas son catalogadas, separadas y clasificadas como justos, unos, y como pecadores, otros. Dios Padre y su hijo están en la casa de este mundo, están en su propia casa, porque son la luz que todo lo ilumina y a todo le da su crecimiento con su calor.

Quien contempla y acoge esa luz orientadora y vivificante se hace también luz que resplandece en todas las obras que realiza. La luz del mundo es este Dios del que habla Jesús al magistrado judío. Luz del mundo es el Hijo enviado por el Padre que le está hablando de tú a tú a Nicodemo. Y es también luz del mundo el que dice y hace como Jesús y no como se dice y hace en y desde la institución religiosa del templo de Jerusalén.

Esta cuestión de la «luz del mundo» es la que Nicodemo debe investigar y clarificar, porque bien debía saber este entendido en asuntos religiosos que la «luz de los pueblos», como había anunciado el profeta, residía en Jerusalén y en el esplendor de la gloria del templo:

*«Levántate y resplandece, Jerusalén, que ha llegado tu luz,
y la gloria de Yahvé sobre ti ha amanecido.
Mira cómo la oscuridad cubre la tierra
y espesa nube a los pueblos.
Mas sobre ti amanece Yahvé
y su gloria sobre ti aparece.
Caminarán las naciones a tu luz
y los reyes al resplandor de tu alborada» (Isaías 60,1-3)*

En consecuencia, Nicodemo ha podido comprender en el encuentro evangelizador con Jesús que las obras de Dios, las que hablan de su presencia en este mundo, las que pertenecen a su proyecto de amor, no pueden ser a la vez las que Jesús realiza y las que realiza el templo. Con el corazón iluminado por la verdad, el dirigente judío tiene ahora en sus manos la libertad de elección y decisión, justamente ahora, cuando la luz transforma la noche en nuevo día. Ahora importa menos la edad o la historia pasada, porque está comenzando lo nuevo.

Si se acepta la interpretación de este encuentro de Nicodemo con Jesús, podemos decir que la realidad experiencial del encuentro se convierte en imagen viva de los innumerables procesos de acompañamiento. Es cierto que Nicodemo se encontró con Jesús, pero nunca se debe olvidar que, sobre todo, Nicodemo llegó a encontrarse consigo mismo, con su noche y su vejez. Desde el acompañamiento realizado por Jesús, tan puntual como procesual, Nicodemo acoge la limpia y clara luz de un nuevo nacimiento. El encuentro con Jesús fue, sin lugar a dudas, el acompañante en las futuras decisiones de este (y de otros) envejecido (renacido) magistrado judío.

LA CASA Y LA MESA (HECHOS 9-12)

Por lo que se nos ha transmitido no sabemos si el encuentro de Nicodemo con Jesús finalizó con una íntima cena o con una copa compartida. Nada se dice de la casa donde sucedió el encuentro ni de la mesa que presenció tan significativo momento entre acompañante y acompañado.

La meditación del texto de este encuentro me volvió a suscitar la imagen bíblica de la casa y de la mesa que se atrevió a colocar Pedro en el itinerario de su experiencia de discípulo de Jesús. Curiosamente esta casa y esta mesa de Pedro están situadas en tierra y religión paganas (según la mentalidad judía). Después de lo ocurrido en tal casa y mesa, la vida de Pedro y su comprensión del seguimiento de Jesús experimentaron una notable transformación. Tal vez la última y definitiva en su proceso de

acompañamiento. Podemos recordar brevemente este proceso hasta llegar a la aludida casa y mesa a la que es invitado Pedro por el pagano Cornelio y por el Espíritu de Dios y del resucitado Jesús.

Todo comenzó para Pedro en las orillas del lago de su trabajo y negocio. Por allí anduvo Jesús, quizá en numerosos momentos, hasta que decidió llamarlo para estar con él juntamente con otros pescadores (Mc 1,16-20). Aquí comienza el acompañamiento de Jesús con Pedro.

Las tradiciones evangélicas nos han perpetuado un buen puñado de momentos de este proceso de inter-relación: la curación de la fiebre de su suegra, la constitución de los doce como nuevo pueblo de Dios, la tempestad calmada en el lago, la multiplicación de los panes para los hambrientos, la revisión compartida de la fe en los alrededores de Cesarea de Filipo, la transfiguración, la entrada y salida de Jerusalén, la última cena, la huida del huerto, las negaciones, la visita a la tumba de Jesús, la vuelta al grupo de los once confiado en el anuncio de María Magdalena y las demás mujeres, la venida del Espíritu, la presencia de Pedro en el templo, su primer encarcelamiento en él, el apedreamiento y muerte de Esteban y la conversión del fanatizado perseguidor Pablo.

En esta coyuntura de la historia ya pacificada y desde la posición de cierta relevancia institucional junto a Santiago en la comunidad de los seguidores de Jesús, Pedro toma la decisión de visitar las pequeñas comunidades (iglesias) que se han ido constituyendo fuera de Jerusalén: *«Las iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaria. Se edificaban y progresaban... Pedro, que andaba recorriendo todos los lugares, bajó también a visitar a los "santos" que habitaban en... Pedro permaneció en Joppe bastante tiempo en casa de un tal Simón, el curtidor»* (Hechos 9,31-43).

En la marítima ciudad de Joppe, Pedro decide alojarse con sus acompañantes en la casa que un tal Simón tiene junto al mar. El mar es lugar y símbolo del mal según la típica interpretación de la religiosidad judía. Lugar también del que Pedro fue sacado (liberado) por la llamada de

Jesús (Mc 1,16-18). Este tocayo de la vieja identidad de Pedro es curtidor, persona impura para la ley judía por su constante contacto con los animales muertos. En esta casa de Simón, bañada y habitada por el mar y el mal, Pedro siente hambre mientras ora.

¿Existe acaso relación alguna entre la oración y la comida? Si la oración es relación con Dios, ¿permite o prohíbe este Dios explícitamente comer tal o cual alimento? El Dios de la Ley sí ponía orden en los alimentos. Sin embargo, el Dios de Jesús nunca impuso regulación alguna sobre la comida. Más bien manifiesta su preocupación por multiplicar el alimento para que los hambrientos se sacien. Y esto es lo que hace ahora con el hambriento y orante Pedro.

Sinceramente, el Dios del cielo que acoge la oración de Pedro es un provocador, porque hace descender de su propia casa celestial toda clase de animales para satisfacer el hambre de Pedro (Hch 10,10-17). Y éste se atreve a rechazar semejante comida por considerarla impura. Proviene de Dios y lo califica como profano. Después de todo lo que Pedro ha visto y oído de Jesús todavía permanece anclado en la ley mosaica de los alimentos puros e impuros, abolida explícitamente por Jesús (Mc 7,14-19). Pedro no comió, porque «la cosa aquella» del lienzo con los animales fue elevada al cielo (Hch 10,16-17).

Pedro no pudo realizar en estos instantes una meditación sosegada de este acontecimiento, porque unos hombres vinieron a su encuentro de parte del buen centurión romano Cornelio, que le invita a su casa y a su mesa en la cercana ciudad de Cesarea. Cuenta el narrador de estos hechos, que el Espíritu le dijo a Pedro que acompañara a aquellos hombres y se pusiera en camino (hambriento como estaba) hacia la casa de Cornelio. El camino, seguramente, fue el tiempo propicio para la comida y la meditación interrumpida y para el discernimiento.

Llegados todos a casa del pagano Cornelio y leído el relato de lo sucedido aquí (Hch 10,24-48), tres datos deseo destacar, porque iluminan la

culminación del proceso de acompañamiento que ha vivido Pedro desde aquella llamada a orillas del lago de Galilea.

El primer dato es la confesión de Pedro recogida en el versículo 28: *«Vosotros sabéis que no le está permitido a un judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa, pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre. Por eso, al ser llamado, he venido sin dudar»*. Esta prohibición de la Ley sobre la casa en la que debe residir todo buen judío ya la había superado Pedro al haber decidido hospedarse en la casa del impuro curtidor Simón. ¿Cómo no adivinar en esta elección de Pedro la referencia al actuar de Jesús que entró en casa de su enferma suegra violando un puñado de prescripciones mosaicas?

El segundo dato es también la confesión de Pedro recogida en los versículos 34-35: *«Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato»*. Pedro proclama la igualdad de las personas. Ha renunciado a aceptar la supremacía del judío sobre el gentil, porque ambos son hijos de Dios y, por ello, hermanos. Las diferencias entre las personas no provienen de la raza, sino tan sólo de la práctica de la justicia. Si no existe diferencia entre las personas, entonces la buena noticia de Jesús debe ser anunciada a todas y no sólo al escogido pueblo judío. También los paganos incircuncisos son pueblo de Dios.

Si judíos y paganos poseen ya para Pedro la misma dignidad, ¿se atreverá también a aceptar esta fraternidad entre hombre y mujer, entre esclavos y libres? Seguramente sí, porque «la no acepción de personas» lo abarca todo. Pero, como lo había experimentado en su relación con Jesús, está aprendiendo a liberarse de las cadenas esclavizadoras de la Ley.

Por eso, a esta segunda confesión añade ahora una arriesgada decisión: aceptar la petición de compartir durante unos días la casa y la mesa de Cornelio. Es el tercer dato que conviene subrayar y retener. Llevar a cabo esta decisión le va a suponer a Pedro el abierto enfrentamiento con su

propia comunidad apostólica (Hch 11,1-3). Este enfrentamiento de Pedro con la Iglesia primera de Jerusalén desembocó en la definitiva decisión de Pedro de abandonar la comunidad.

Por fin, Pedro ha comprendido, por un lado, que hasta aquí ha vivido como un encarcelado o encadenado por las manos de Herodes y por la esperanza que ansiaba alcanzar el pueblo judío. Y, por otro lado, ha comprendido que Jesús y el Espíritu del Resucitado le han liberado de esta cárcel, imagen de la ley de Moisés y de la gloria del templo. Pedro sale de la comunidad y se va a otro lugar, porque en esta comunidad de Santiago se participa aún del espíritu de la cárcel y no se acaba de aceptar plenamente la libertad del Espíritu.

Pedro decidió no seguir en la iglesia apostólica. Nada de esta opción tan importante les comunica a su comunidad. En cambio, sí se atreve a comunicárselo a otra iglesia de Jesús que reside en Jerusalén, la de Rosa, Juan, Marcos y su madre, entre otros (Hch 12,12). A esta comunidad de Jesús sí les cuenta Pedro su experiencia de liberación. Después de todo esto, Pedro volverá a aparecer como seguidor de Jesús en la asamblea de Jerusalén, en la que se debate la cuestión de la necesidad de la circuncisión y la práctica de las tradiciones judías como signos de la pertenencia a Jesús.

Las palabras de Pedro en esta asamblea (15,7-12) expresan con meridiana claridad su radical y exclusiva acogida de Jesús y su liberación de la observancia de la ley de Israel y de la práctica de la espiritualidad judía. La imagen de Pedro en este acontecimiento eclesial es la imagen transfigurada de aquel Pedro del suceso de Cesarea de Filipo que confesaba la esperanza en el poder absoluto del Mesías anunciado por los profetas (Mc 8,27-30)

En conclusión, el proceso de la conversión de Pedro es una iluminadora imagen de la realidad procesual del acompañamiento cristiano. Aquí hemos podido percatarnos de la trascendencia de algunos momentos de

este proceso, como el haber entrado y comido en la casa y mesa de una familia pagana. Sin esta casa y mesa del pagano Cornelio, ¿el acompañamiento habría culminado en el acertado discernimiento de Pedro? Ésta es la razón por la que he comentado en estas páginas la realidad de la casa y de la mesa como imágenes para comprender algunos elementos sobresalientes y significativos del acompañamiento de la fe en Jesús de Nazaret.

He presentado una casa y su correspondiente mesa, pero existen otras muchas casas y mesas en las páginas bíblicas igualmente iluminadoras de la realidad del acompañamiento como por ejemplo «la casa de fulano y la mesa (jamás se hace la menor alusión a un «altar») de la última comida-cena de Jesús», acontecimiento central del discernimiento de los primeros seguidores, Pedro incluido.

LA COMIDA (LUCAS 22,1-38)

Acabo de evocar en el apartado anterior la imagen de la comida como expresión, al menos, de momentos significativos del proceso del acompañamiento. En numerosas páginas bíblicas se nos presenta la comida compartida como ocasión provocadora de discernimiento y de la toma de nuevas y creativas decisiones que alteran la vida de las personas o de los grupos a los que se pertenece. Este tema de la comensalidad nunca se acabará de investigar en su totalidad. Convendría recordar un par de publicaciones sobre este asunto de las comidas al presentar esta cuestión del acompañamiento: Rafael Aguirre, *La mesa compartida*, Sal Terrae, 1994; Dolores Aleixandre, *Relatos desde la mesa compartida*, CCS, 2003.

De manera meramente anecdótica recuerdo alguna página evangélica sobre la comida antes de centrar la atención en el texto de Lucas 22. Sin salirnos del propio Evangelio de Lucas, constatamos que la cuestión de la comida es motivo de un buen puñado de acontecimientos en la vida de Jesús, de los que destaco sólo tres:

- * Ante el hambre de Jesús en el desierto y mientras es conducido por el Espíritu, la comida es el objeto de la primera tentación del diablo (Lc 4,1-4).
- * Poco después participa Jesús en la comida a la que fue invitado por Leví y en la que se sienten alterados los fariseos y los escribas (5,29-39).
- * Idéntica situación es la que vive Jesús cuando invita a su mesa y a su comida a publicanos y pecadores, que da origen a la crítica también de fariseos y escribas. A ella Jesús responde con las tres parábolas semejantes del pastor, la mujer y el padre de los dos hijos, el mayor y el pródigo (Lc 15).

Esta reiterada actividad de la comensalidad de Jesús, según el evangelio lucano, provoca que su permanente oposición religiosa califique a Jesús como comilón y borracho o, lo que es lo mismo, amigo de pecadores y de publicanos (7,33-35).

Todas estas razones justifican que Jesús, llegada la hora (22,14) de celebrar la última Pascua de su vida, invite a sus seguidores a una comida especialmente deseada (22,15-16). Jesús está convencido de que no tendrá oportunidad de participar en otra Pascua, porque la oposición religiosa ya ha decidido acabar con sus mensajes al aprobar la muerte del mensajero blasfemo. La «santidad» del elegido pueblo de Israel, piensa sensatamente la autoridad religiosa oficial, no puede soportar por más tiempo el pecado de uno de sus hijos, como bien señalaba la legislación de Moisés:

«Si un hombre tiene un hijo rebelde y discolo, que no escucha la voz de su padre ni la voz de su madre y que, castigado por ellos, no por eso les escucha, su padre y su madre le agarrarán y le llevarán fuera donde los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar. Dirán a los ancianos de su ciudad: “Este hijo nuestro es rebelde y discolo y no nos escucha. Es un libertino y un borracho”.

Todos los hombres de su ciudad le apedrearán hasta que muera. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti, y todo Israel, al saberlo, temerá» (Deuteronomio 21,18-21).

Este sombrío contexto es la «hora» escogida por Jesús para celebrar la familiar comida de su última Pascua (22,17-23) con sus seguidores. Éstos, según el relato evangélico, parece que desconocen el contexto de enfrentamiento que rodea a Jesús, porque en el final de aquella memorable «acción de gracias» de la última cena desatan un monumental altercado a propósito de los privilegios del ejercicio de la autoridad entre ellos: *«Entre ellos hubo también una disputa sobre quién de ellos parecía ser el mayor. Él les dijo: los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos... Vosotros no seáis así..., porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22,24-27).*

Estas palabras de Jesús, que Lucas sitúa en la alterada sobremesa de su última cena, Marcos y Mateo las localizan en los alrededores de Jericó, en el final de la tercera etapa del camino desde Cesarea de Filipo (en el extremo norte de Israel) hasta Jerusalén. En estos relatos se descubre una curiosa relación de semejanza entre las acciones de «comer con» y de «servir a» quienes están en los peldaños más bajos de la escala social.

Precisamente estas dos acciones acaba de realizarlas el propio Jesús en su «cena» de la fiesta de la Pascua judía con sus seguidores (22,14-20). En esta cena se come el pan y el vino que Jesús les sirve. Pan y vino que son su misma persona. Así lo hace ahora y aquí, pero así también lo ha hecho hasta aquí a lo largo de su actividad pública en Galilea y en su camino evangelizador hasta Jerusalén. Y lo acabará confirmando poco después con la injusta condena y muerte violenta en las afueras de esta, paradójicamente, «ciudad de la paz».

En este contexto de la cena, del comer y servir, se narra el anuncio de las decisiones personales tomadas por Judas y Pedro: la traición de uno y la

negación del otro. Decisiones importantes, sin ningún género de dudas. Y también la decisión colectiva de los demás seguidores de usar la violencia armada (35-38) si llega el caso de tener que protegerse o defender a Jesús, como así sucedió inmediatamente después (47-51). La participación en esta cena ha alterado significativamente la realidad de todos y de cada uno de los «doce». Lo acontecido y vivido aquí será constantemente evocado, recordado y actualizado por los seguidores de Jesús en sus propias personas y en su misión evangelizadora, como bien nos lo contará el propio Lucas en lo que sigue en el Evangelio (23-24) y a lo largo del llamado libro de los Hechos de los Apóstoles.

La serie de acciones y palabras, de propuestas y respuestas, de planteamientos y decisiones, que comparten (o ponen sobre la mesa) Jesús y sus seguidores en este acontecimiento de la cena (Lc 22,1-38), constituyen un caso paradigmático del proceso de acompañamiento.

En este mismo sentido, será difícil que la persona que lea esta narración de lo sucedido no llegue a identificarse con alguno de los participantes en esta comida-cena y con sus ideas, acciones, respuestas, sentimientos y hasta decisiones. Por esto, la misma «Palabra» de este texto lucano y evangélico será «el acompañante» del lector en el proceso de discernimiento de su fe en Jesús, que es su opción cristiana.